



Falsa muda

(fragmento)

Por Giselle Ruiz

CAÍDAS

Mi madre me enseñó que el valle de mis años
se abrirá tres veces
hasta devorarme lento:
nacer, lanzarme a la ventisca, nutrir la ausencia.
No temo a ser carnada de sus miedos
temo más bien al olvido,
a la opacidad sobre mi voz,
al pantano de sus ojos que me tragarán,
me escupirá y volverá a tragarme
hasta encontrar viejos sabores, texturas.

El valle de mis años se cerrará tres veces, dice:
morir, bautizar mi cuello a estirpe, borrarne.
Carne dura de pensamientos blandos,
fenómeno voluntario en el estreno de otros días.

He consentido estas visiones
en la puerta de mi infancia
cuando todo en mí es nombrado
por sus labios petulantes.
Ella
cuenca a donde mi cuerpo se ciñe,
esta muerta-no-muerta le pertenece,
Ella que tres veces me ha llevado
al vergel del abandono.
Madre: no temo a la inmovilidad de mis manos,
temo a los muros que levanta tu desprecio.

Para Juanis

También hay malas mudas ¿lo sabes?
Ese mecanismo descompuesto de lanzar al vacío
lo que aún no sobra o, incluso, lo que nos rechaza.
No es tu cuerpo el que suelta sus cálamos
es la permanencia en esta casa sostenida por un clavo
la que se va haciendo de un piso a costa tuya.

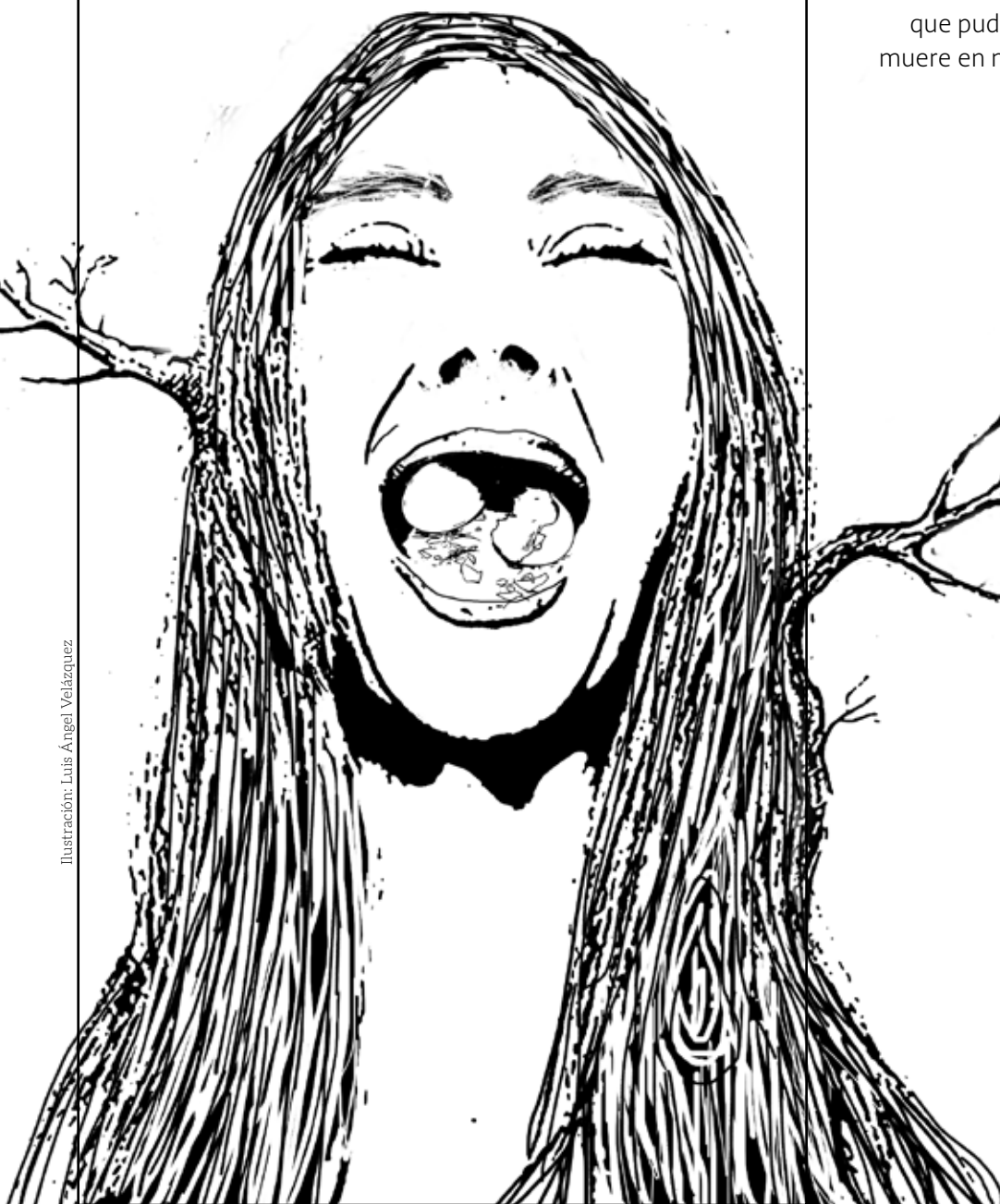
Si de golpe observan un cambio de color en nuestras plumas, significa que la muda no ha sido llevada a buen puerto. Tal vez el crecimiento de las nuevas virtudes se ha detenido inesperada pero no sorpresivamente. Bien saben que cualquier movimiento de la jaula, algún roce violento o una noche sin abrigo, traerá consigo consecuencias. Más valdría abrir las diminutas puertas y dejar que vayamos muriendo a la orilla del horizonte que nos alcance.



Ilustración: Jisel Flores

Madre:
Cada vez
que hablas
un cenizante
que pudo cantar
muere en mi pecho

Ilustración: Luis Ángel Velázquez





Artes

Nos hablan de lo bien que nos vendría disponer de jaulones o voladeras u horarios de salida para poder realizar vuelos largos, nos hablan de los beneficios de tomar el sol y darnos largas duchas en cuencos reducidos, nos hablan también de lo sustancial de guardar las proporciones: no más de ocho aves por metro cuadrado, no más de sesenta minutos afuera, no más de cuatro centímetros de profundidad en nuestras tinas. A nadie le he dicho que puedo ver nuestra existencia aproximarse al fuego: quemamos a voluntad estas alas recién estrenadas para que no puedan regodearse con nuestro vuelo. Supuestamente, el cielo toma el color de aquello que lo atraviesa. Desde aquí percibo cómo se va volviendo invisible.

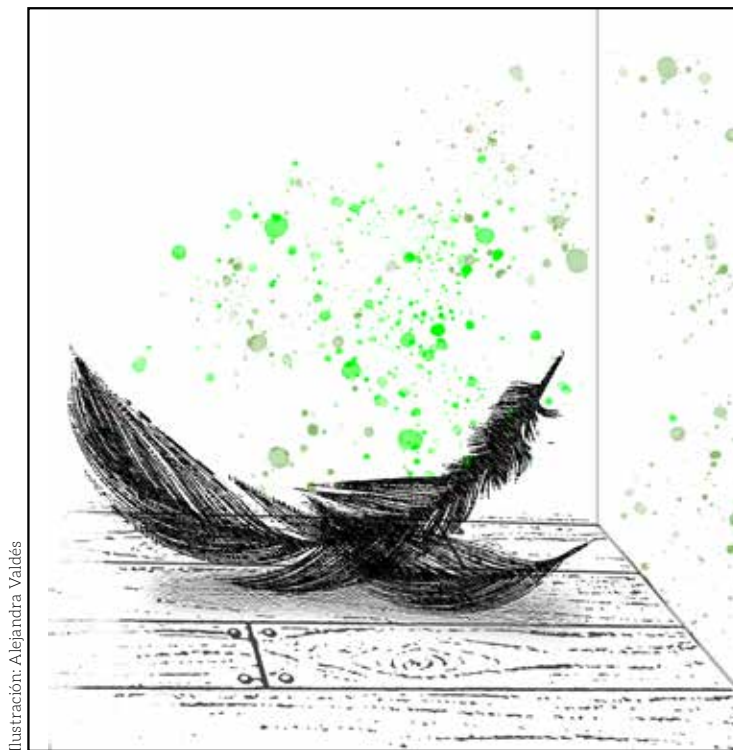


Ilustración: Alejandra Valdés



Giselle Ruiz es licenciada en Ciencias Ambientales y escritora. Ha publicado narrativa y poesía en diversas antologías, revistas y sitios web. Es coautora del poemario *Amor 2.0* (Bitácora de vuelos, 2016). Fue becaria del Festival Cultural Interfaz en el 2016 y acreedora a mención honorífica en el Premio Internacional Caribe-Isla Mujeres en el mismo año. Es cocreadora del proyecto *The expectation club* (2016) y productora de los cortometrajes *D/V* (2018), *Antes mía* (2019) y *Frio de verano* (2020). Publicó su primer libro individual *Crónica de fracasos* en el 2018 (Editorial Montea) y en el 2019 fue becaria PECDA por el proyecto *Jaulas: Poemas para significar barrotes*, que un año después se convirtió en el poemario *Falsa muda*, bajo el sello Los libros del perro.

